

¿Cómo persuadir a tres auditorios distintos de la misma tesis? Alfonso Reyes argumenta en favor de la unidad de América

EUGENIA HOUVENAGHEL
Universiteit Gent (Bélgica)

0. Introducción

A lo largo de su carrera diplomática y en su vida como escritor público y afamado, el mexicano Alfonso Reyes (1889-1959) pronunció gran número de discursos en la celebración de actos oficiales y publicó cantidad de artículos en periódicos. El corpus del presente estudio consta de tres de estos discursos: “A Ronald de Carvalho”¹, “En el día americano”² y “El diálogo de América”³, tres artículos de Alfonso Reyes que comparten una misma temática: la unidad de América.

A juicio del autor mexicano, y como eco del ideal de solidaridad latinoamericana que Bolívar y Martí defendieron anteriormente, puede considerarse como una entidad homogénea. La idea de una asociación panamericana nació con la emancipación de las distintas colonias españolas y portuguesas y el desmoronamiento, inmediatamente posterior, del imperio español. Simón Bolívar presintió que el mayor riesgo al que se enfrentaban las nuevas naciones era su desunión, por lo que propugnó la federación de todas ellas en una estructura de carácter supranacional. Así, en la *Carta de Jamaica* (1815) ya había sido expuesta su idea de unir toda América Latina, desde Chile hasta México.

Los tres artículos que vamos a estudiar no sólo tienen en común el tema sino que también difunden un idéntico mensaje: la comunicación entre los diferentes países americanos se ha visto fortalecida y continuará creciendo en el terreno espiritual. En efecto, Reyes parte de la idea de que la falta de comunicación entre

¹ “A Ronald de Carvalho”, *De viva voz*, O.C. t. VIII: 157-159. En adelante abreviaremos: ARC.

² “En el día americano”, *Última Tule*, O. C. t. XI: 63-70. En adelante abreviaremos: Día.

³ “El diálogo de América”, *Los trabajos y los días*, O.C. t. IX: 230-233. En adelante abreviaremos: Diálogo.

los países americanos ha conducido a la desunión y que la superación de este aislamiento se ha iniciado en el terreno de lo espiritual (literatura, filosofía...) y no en el ámbito de lo material (economía, política...). De hecho, ni políticos ni comerciantes son capaces, a su juicio, de establecer una comunicación profunda entre las naciones, sino que, por el contrario, sus acciones sólo muestran su impacto a un nivel muy superficial. Este impulso hacia la unidad iniciado por filósofos y escritores, ejercerá, en opinión de nuestro autor, una influencia real en las relaciones políticas y comerciales entre los países americanos.

Los tres discursos que constituyen nuestro corpus de trabajo evidencian la poderosa influencia que ejerció *Ariel*, símbolo de la vuelta a los valores espirituales y estéticos y del “renacimiento idealista” en Alfonso Reyes. El “sermón laico” de Rodó alcanzó gran difusión por los años de formación del Ateneo de México (1906-1914) y los propios ateneístas divulgaron el libro entre la juventud mexicana. Los miembros del Ateneo publicaron *Ariel* en 1908 para distribuirlo gratuitamente entre los jóvenes (García Morales 1992: 119-123).

Dentro de esta misma línea de influencia del idealismo finisecular en América, García Calderón será el encargado de transmitirle a Reyes, a través de Pedro Henríquez Ureña, las ideas de sus profesores Boutroux y Bergson (Guy 1963: 54). El escritor peruano García Calderón, que vivía en París, en contacto directo con los representantes del espiritualismo europeo, ayudó a los jóvenes mexicanos a encaminarse hacia el espiritualismo francés, más concretamente hacia el bergsonismo. Las conferencias de Antonio Caso, Henríquez Ureña y José Vasconcelos, leídas durante las fiestas de la Generación del Centenario, en 1910, y en las cuales *L'évolution créatrice* de Bergson (1907) es una referencia constante, testimonian la influencia que el espiritualismo francés ejerció en ellos, tanta, que Henríquez Ureña denominará el bergsonismo “el credo del Ateneo”.

Así las cosas, reconocemos claramente la importancia que la teoría de Bergson sobre la evolución creadora ha tenido en el pensamiento de Alfonso Reyes, pero lo que aquí nos interesa es la formulación de este mensaje y, más concretamente, el hecho de que la argumentación en favor de esta misma idea varía de un artículo a otro. Así, don Alfonso elaborará los argumentos de manera diversa, concederá más importancia a uno u otro, acorta éste o suprime aquél, modifica el orden de los mismos, utiliza diferentes citas y ejemplos para ilustrar su punto de vista, recurre a registros lingüísticos variados, prepara la disposición de los oyentes/lectores de distinto modo.

1. Método de análisis

Esta variación debe examinarse, a nuestro juicio, a la luz del aspecto pragmático del texto, entendido, este último, como una comunicación que implica dos sujetos, un enunciador y un receptor y que se realiza en determinadas circunstancias. Para analizar los tres discursos de Alfonso Reyes, remitimos al

concepto clásico del *decorum*, que es el marco que regula la idoneidad cotextual y contextual de la expresión. Para Quintiliano, el *decorum* debe estar presente en la esfera interna de la obra de arte (plano cotextual: las partes constitutivas del discurso deben armonizar entre sí) y en la esfera externa de la obra artística (plano contextual: el conjunto del discurso ha de acomodarse a las circunstancias sociales de la comunicación concreta) (*Inst. Orat.* 11, 1, 213-235). Es este último aspecto del *decorum*, el plano contextual o externo, el que nos va a ocupar en este análisis.

El orador tiene que tener en cuenta, en primer lugar, el conjunto de circunstancias comunicativas, tales como la composición del auditorio o el motivo de la celebración dentro de cuyo marco se pronuncia el discurso, o la composición del auditorio, que, obviamente, no dependen del orador, pero con los cuales éste debe contar a la hora de preparar su discurso si quiere que resulte persuasivo. El carácter de ceremonia dentro de la cual es leído el discurso (sea éste funerario, nupcial o de homenaje literario) constituye, por ejemplo, una circunstancia comunicativa determinante. Pernot (1993: 266) señala que estas circunstancias obligan al orador a elaborar el discurso en un determinado sentido y, en consecuencia, a adaptar a ellas su argumentación. Cuando no se trata de un discurso pronunciado sino publicado, el texto deberá adaptarse al género textual (artículo de opinión, artículo publicitario, artículo informativo).

La composición del auditorio constituye, a juicio de Perelman (1994: § 3, 4, 5), otra de las circunstancias comunicativas determinantes. Para este investigador de la neorretórica, el hecho de tener en cuenta al auditorio no ocupa un lugar secundario, sino que, muy al contrario, se convierte en un factor esencial para la elaboración de un discurso persuasivo; en efecto, si tenemos en cuenta que la finalidad del orador consiste en obtener la adhesión del auditorio, podemos concluir que el discurso entero está construido en función del público en el que el orador pretende ejercer su influencia. En este sentido, ha de tenerse en consideración que una argumentación persuasiva para cierto grupo de oyentes puede resultar disuasoria si se dirige a un público distinto.

El hecho de que el conocimiento de aquellos a quienes uno pretende convencer es condición indispensable en toda argumentación que se quiera eficaz y ha dado lugar, en las teorías retóricas clásicas, a verdaderos estudios de psicología. Aristóteles (*Ret.*, II 12-17, 1388a-1391b), por ejemplo, ha realizado descripciones psicológicas de diferentes auditorios en función de sus *hábitos* o su *carácter* y, para ello, tuvo en cuenta factores tales como la edad (juventud, madurez, ancianidad) o el estado de fortuna (nobleza, riqueza, poder, felicidad); Cicerón (*Part. Orat.* § 90-94), por su parte, divide los posibles oyentes de un discurso en dos clases: una ignorante y mal educada, otra instruida y cultivada; Quintiliano (*De Inst. Orat.* I, III, VIII: 37-47 y el libro XII), a su vez, considera el sexo, la posición social o la edad como factores que revelan el *carácter* del auditorio.

Tanto Cicerón como Quintiliano aluden, en sus respectivos trabajos, a la difícil situación en la que se halla aquel orador que, únicamente, puede persuadir a un público ignorante mediante argumentos deshonestos; por ello, Cicerón reclamará, de sus oyentes, un comportamiento digno, a fin de que en sus discursos pueda desarrollar argumentos más nobles. Puede suceder, además, tal y como apunta Perelman (1994: § 4), que el auditorio no sea homogéneo (no todos los oyentes son jóvenes, por ejemplo, o no todos los oyentes pertenecen a una misma clase social). Nos encontraríamos, pues, ante un auditorio heterogéneo en el que se incluirían hombres y mujeres, maduros y ancianos, gente de clase media y alta, circunstancias que, obviamente, el orador ha de tener muy en cuenta.

Nuestro punto de partida, relacionado con la retórica clásica y con la neoretórica, nos permitirá, pues, el establecer interesantes vínculos entre la dimensión composicional del texto argumentativo, por un lado, y la dimensión pragmática del mismo, por otro. En definitiva, la exigencia del aspecto contextual del decorum impone cambios en el texto, tanto en el nivel semántico-inventivo (el orador adaptará sus argumentos al tipo de público al que se dirige), en el nivel sintáctico-dispositivo (el orador adaptará el orden de sus argumentos) como en el verbal-elocutivo del texto (el orador tomará en consideración, a la hora de verbalizar sus ideas, el tipo de público que deberá interpretar su mensaje).

Volviendo a nuestro corpus de trabajo, hemos de indicar que el artículo “A Ronald de Carvalho” fue pensado como una contribución de don Alfonso para el homenaje que este poeta brasileño recibió en la ciudad de Río en el año 1931. Del discurso elaborado por Reyes se desprende que nos hallamos ante una celebración de despedida del poeta antes de su marcha hacia París. Cabe suponer, entonces, que los participantes en el homenaje serán, en su mayoría, brasileños y amantes de la cultura en general y de la poesía en particular.

Una sesión de la Asociación Brasileña de Educación, celebrada en 1932 en el Teatro João Coetano de Río con motivo de la conmemoración del día de América, dio lugar al discurso que Reyes leyó bajo el título de “En el día americano”. A partir de esto, podemos inferir que, con toda probabilidad, los participantes en esta celebración serían, mayoritariamente, brasileños de edad madura interesados por las actividades educacionales y el mundo de la docencia en general, dado que su trabajo, seguramente, se desarrollaría en escuelas, universidades y otras instituciones educativas.

Finalmente, “El diálogo de América” fue publicado en el periódico *El Nacional* de México en 1941, de donde se deduce que los lectores, aun siendo mayoritariamente mexicanos, forman, con toda seguridad, un grupo amplio y heterogéneo.

Comprobamos, pues, cómo las circunstancias comunicativas en los tres textos analizados son, fundamentalmente, distintas; la tesis que intentaremos probar a lo largo de nuestro estudio es que estas circunstancias diferentes constituyen una clave

de lectura que permite aclarar el porqué de la variación en la formulación de unas ideas básicamente iguales. Para ello, conviene realizar un detenido análisis de los tres artículos, que nos permitirá establecer los pertinentes contrastes y comparaciones entre ellos. Nuestra hipótesis de trabajo será, lo repetimos, que la variación de los tres textos de nuestro corpus de trabajo se puede explicar a partir de las circunstancias de comunicación y la condición y la actitud de los tres “auditorios” de estos textos. Para mayor claridad, hemos estructurado nuestro trabajo en tres partes, dentro de las cuales compararemos “exordio”, “narración/argumentación” y “peroración” de los tres textos de nuestro interés.

2. Análisis

2.1. Exordio

“A Ronald de Carvalho” y “En el día americano”, los dos ensayos pronunciados con motivo de acontecimientos culturales –ya sea lo que Reyes llama “fiesta espiritual”, ya sea una “fecha de la inteligencia”– autorizan, a nuestro autor a presentar la celebración en el exordio (ARC: 157; Día: 63) como una ocasión “brasileña”, lo que le permite, además, en el caso del primer ensayo, añadir la palabra “saúde” y referirse, en general, a la lengua portuguesa. Sin embargo, no sólo alude explícitamente, en el exordio, al carácter de la celebración, sino también a los oyentes y a su particular relación con el auditorio. En ambos casos, don Alfonso se dirige a sus “amigos brasileños”, quienes, según manifiesta, lo consideran como “uno de los suyos”, y ello, incluso, en el caso del segundo artículo, de modo directo, recurriendo al empleo del pronombre “vosotros” y al uso de la segunda persona del plural (“me estáis acostumbrando a”, “vosotros mismos tendréis la culpa si”, “que hayáis querido asociar a vosotros”).

Guarda Reyes un poco más distancia en el ensayo dedicado a Ronald de Carvalho, tal y como se desprende del uso reiterado de la tercera persona el plural (“mis amigos me consideran”, “han comprendido la obligación de afecto”); pero, con todo, el ambiente amistoso y distendido entre auditorio y orador queda reforzado, en ambos ensayos, merced al empleo, de expresiones como “mi emoción”, “mi afecto”, “fraternidad”, soy un “hombre dos veces feliz”, “simpatía”, o cuando reconoce que la invitación de los brasileños “no puede menos de conmoverle”, todo ello para referirse a la emoción que le embarga en el momento de dirigirse a ese público que tiene enfrente.

Los exordios de ambos ensayos difieren en la medida en que el autor mexicano se ocupa de los aspectos que, en cada caso, constituyen el motivo central de la celebración. Así, en el caso de “En el día americano”, Reyes no duda en presentarse explícitamente como un hombre comprometido con la unidad de América –un “soldado combatiendo en los empeños de la inteligencia americana”–, circunstancia que se explica si tenemos en cuenta cuál era el objetivo de la conmemoración. Por su parte, en “A Ronald de Carvalho”, nuestro ensayista se

centrará, obviamente, en el tema que ha motivado el festejo, esto es, en el homenaje al poeta brasileño que, según nos confiesa Reyes, es, además, su “amigo, predilecto de la simpatía”.

Don Alfonso concluye el exordio de este ensayo con una divertida anécdota, insertada con el fin de asegurar a los presentes que su discurso será breve y, por tanto, deberemos entenderla como una estrategia para captar la benevolencia del auditorio. En este momento preciso del homenaje, Reyes, en lugar de dirigirse al público en tercera persona del plural como había venido haciendo hasta entonces, recurre al empleo de la segunda persona, detalle que no debemos pasar por alto y al que ya nos hemos referido más arriba. La introducción de esta pequeña anécdota revelaría, además, la voluntad de Reyes de no mostrarse demasiado exigente con la atención del público objeto de su elogio. La ausencia de este tipo de animación para el auditorio hemos de interpretarla, en el caso de “En el día americano”, como una señal del interés de nuestro autor en alcanzar un mayor grado de concentración:

Me propongo ser breve. Cambacérés, archicanciller del Imperio⁴ [...] dijo una vez, estando a la mesa, ante el barullo excesivo de los comensales: “Por favor, señores, menos ruido. ¡No puede uno oír lo que está comiendo!” Gran lección para los que abusan de la palabra, perturbando el dulce y parsimonioso proceso gastronómico. No he de importunaros, pues, por mucho tiempo.

Por lo que respecta al exordio del artículo de prensa “El diálogo de América” (230), único ensayo que no fue pronunciado en una ocasión pública y que no se dirige a un auditorio en el sentido material de los presentes en la ceremonia, sino a un público de lectores, Reyes pasa, directamente, al planteamiento del problema central del texto, esmerándose en demostrar por qué el lector debería interesarse por el tema desarrollado en “El diálogo de América”. Para ello, nuestro ensayista expone, sin pudor, sus quejas y se lamenta ante la situación de incomunicación que padece América, hecho al que ya habíamos aludido al final del punto anterior. A ello sigue la cita de un mexicano⁵, que demuestra hasta qué punto este pueblo se muestra orgulloso del tesoro indomesticable de la naturaleza, muy a pesar del hecho de que estas mismas “riquezas” naturales impidan la construcción de buenas vías de comunicación en México y, en general, en toda América, dado que Reyes afirma que esta cita podría hacerse extensible al resto del continente. Merced a la ironía de la cita, nuestro ensayista logra su objetivo de captar la atención del lector y consigue hacerle comprender que la comunicación entre los países americanos ha sido una cuestión tratada con excesiva negligencia: “los mismos obstáculos a la

⁴ Jean-Jacques Régis de Cambacérés (1753-1824), político y jurista francés. En 1799 se le asignó a Cambacérés el segundo cargo más alto, el de segundo cónsul; en 1804 ascendió a archicanciller del imperio; y en 1808, Napoleón le concedió el título del Duque de Panamá.

⁵ Se trata de un cierto Pablo Macedo, y la cita viene de su libro *La evolución mercantil* (1904).

comunicación” –las montañas, las selvas vírgenes, la falta de ríos navegables– dice Reyes, “parecían emblemas de nuestra grandeza y proporcionaban engañosos argumentos a nuestro orgullo”.

Parece interesante comparar, aun a riesgo de adelantar las conclusiones de nuestro trabajo, esta queja general e irónica sobre la incomunicación *material* entre los países americanos, expresada en “El diálogo de América”, con la otra, más especializada, sobre la incomunicación *espiritual* de “En el día americano”. En este último discurso, la formulación de la queja –que se sitúa no en el exordio, sino más adelante– ha sido claramente adaptada a las peculiares características de un público cuya ocupación se sitúa, en rigor, en el campo de lo *espiritual* (a saber, la educación y la cultura). El lamento preferido, aquí, por Reyes, difiere de la queja lastimosa expresada en “El diálogo de América”, dado que, en este caso, el ensayista parte del convencimiento de que también los oyentes conocen y lamentan la incomunicación espiritual que padece América e, incluso, se permite el uso de expresiones tan duras como “errores brutos” para describir el mutuo desconocimiento de los países americanos. El autor pretende subrayar, así, lo absurdo de esta situación de desconocimiento, confrontando la cercanía geográfica del país desconocido (“el pueblo que tenemos al lado, pasando el río”) con su lejanía espiritual.

En síntesis, podemos afirmar que el exordio de cada uno de los tres artículos se adapta, perfectamente, a las respectivas situaciones comunicativas. Así, tanto en “A Ronald de Carvalho” como en “En el día de América”, nuestro autor toma en consideración a los oyentes, presentándose a sí mismo como uno más entre ellos, como un amigo de los brasileños que se han dado cita con motivo de la celebración cultural en cuestión. En ambos discursos, además, no deja de subrayar su compromiso con el tema de la celebración que ha servido para reunir a los oyentes, el homenaje al poeta Ronald de Carvalho y la unidad de América, respectivamente. El exordio de “El diálogo de América”, por su parte, se diferencia de los otros en medida en que sus circunstancias comunicativas también difieren, de manera que Reyes se limita aquí a introducir, de modo cautivador y sorprendente, el tema de su artículo.

2.2. Narración y argumentación

El ensayista mexicano opone, en los tres ensayos estudiados, la impotencia de los aspectos “materiales” –léase economía y política– a las amplias posibilidades que se abren en el terreno de lo “espiritual” –cultura, educación, poesía, filosofía– para lograr una mayor comunicación y unidad entre los países americanos. Ahora bien, tanto la formulación de este punto de vista como el orden de los argumentos son distintos en cada uno de los tres artículos.

a) En “A Ronald de Carvalho”, el motivo de la ceremonia obliga a Reyes a hacer de Ronald de Carvalho el centro de interés y a elogiarle a través de un estilo grandilocuente, rico en metáforas, imágenes, exclamaciones, adjetivos, oraciones

largas y vocabulario distinguido, propio del discurso epidíctico. El poeta brasileño, dice Reyes, “paseaba su mirada por nuestros valles y montañas, y había en su alma aquel temblor de sorpresa que acompaña siempre a la juventud”, cuando “una intuición, que es gracia del arte, le hacía percibir poco a poco la profunda hermandad en la variedad” y, finalmente, “la concepción, robusta y despojada a un tiempo, de esa armonía natural que él supo llamar Toda-la-América”, neologismo que, según el voto de don Alfonso, “sea una palabra nueva en nuestros labios y un estímulo igual en nuestros corazones; un santo y seña de acción y de trabajo; un trazo poético de la pirámide que debemos construir entre todos” (ARC: 158). “¡Oh Brasileños!”, concluye exaltado, “¡El poeta que enviáis a París es –con todo honor y derecho– un mensajero continental!” (ARC: 158).

Sigue a ello una imagen que delata la impotencia de los medios comerciales para aproximar los países americanos entre sí; “siguiendo rutas [comerciales] paralelas, nunca se encontraban nuestros barcos” (ARC: 158). Sin embargo, continúa Reyes, pleno de emoción, han sido los poetas, “los soñadores”, “los que –en el sentido vulgar– no sirven para nada” y no los responsables del comercio o de la política, quienes “rompieron el funesto sortilegio [del mutuo desconocimiento]” (ARC: 158).

b) En el caso del ensayo titulado “En el día americano”, el respeto por la inteligencia y el punto de vista de los participantes en la ceremonia, mayoritariamente educadores, lleva Reyes a considerarlos como un auditorio “particular” al que ya no debe explicar la importancia de lo “espiritual”, por oposición a lo “material”, de manera que nuestro orador cambia su punto de partida y pide permiso a los oyentes para pasar por alto esta parte de la argumentación y comenzar, así, inmediatamente, con el tema de las relaciones espirituales entre las repúblicas americanas. Transcribimos, a continuación, un fragmento muy significativo a este respecto:

Me permitiréis que, dirigiéndome a un auditorio como éste, dé por demostrada la ventaja de crear relaciones espirituales, de información, de conocimiento y de simpatía entre los pueblos, aun en el caso de que no existan entre ellos relaciones mercantiles actuales. [...] En consecuencia, me permitiréis que no entre aquí en vaguedades y tautologías sobre la prioridad de la gallina o del huevo, a propósito de las concomitancias entre comercios y culturas. [...] Prescindamos, pues, por un instante, de esa noción mezquina y utilitaria que en vano procura reducirlo todo al esquema de la compra-venta. Saludemos con todo respeto a los que cuidan de los intereses materiales del mundo, y entremos derechamente a lo nuestro, que son los intereses espirituales. (Día: 64).

La seguridad de que el auditorio compartirá su opinión permite a Reyes recurrir, sin tapujos, al empleo de términos como “mezquindad” o “utilitarismo” para referirse al punto de vista de los “materialistas”, libertad de la que no podría

haber hecho uso en caso de dirigirse a un público más heterogéneo. Además, Reyes crea una atmósfera de grupo unido, el de los “espiritualistas”, al cual el propio orador y sus oyentes pertenecen, por oposición a otro, el de los “materialistas”, del cual, pese a que les dirige una “salutación respetuosa”, se habla, en términos de desprecio y al abrigo de una compasiva sonrisa.

El inicio de una comunicación espiritual entre los escritores y los medios intelectuales de América es saludado con entusiasmo por Reyes, quien, enfáticamente, concluye su exposición aludiendo a los “tartamudos” para referirse a aquellos que desconfían del valor de la palabra, a sabiendas de que, entre sus oyentes, no se hallará ninguno de ellos: “Óiganlo bien los tartamudos que se vengan de la palabra declarándola impotente: este comienzo de solidaridad no ha sido efecto del comercio ni de la política, sino de la poesía [...]” (Día: 65).

c) Finalmente, el caso de “El diálogo de América”, que había empezado, recordémoslo, con una queja irónica por la incomunicación material entre los países americanos, resulta muy distinto. Aquí, el ensayista sí explica, detalladamente y con calma, el porqué de la superioridad de lo “espiritual” sobre lo “material” a la hora de hacer frente a la susodicha incomunicación del continente. Arguye que las tentativas del comercio y de la política para unir América “resbalan sobre la superficie de las realidades americanas” (Diálogo: 231), mientras que la poesía y la filosofía “entran en lo profundo de las conciencias” y “crean verdaderos lazos inquebrantables” (*Diálogo*: 232).

El ensayista inserta, para ello, ejemplos concretos que facilitan la comprensión de sus ideas, al tiempo que persuaden de la veracidad de lo que se está diciendo. Cabe añadir que algunos de estos casos ilustrativos enriquecen la cultura clásica de los lectores del periódico, mientras que otros se convierten en guiños para quebrar la seriedad del discurso. Una cita ilustrativa:

Quisiera señalar al lector⁶ una singular y recientísima manifestación de la inteligencia americana, que puede considerarse como un acontecimiento social. Refiérese precisamente al orden teórico por excelencia: a la filosofía. Los nuevos grupos filosóficos de México y de Buenos Aires trabajan en estos días con una ejemplar solidaridad. Al núcleo argentino, representado en la persona de Francisco Romero, en sus amigos, colaboradores y discípulos, responde en México el Centro de Estudios Filosóficos, recién creado en nuestra Facultad de Filosofía y Letras. (*Diálogo*: 232)

Las circunstancias particulares de cada texto han ejercido, pues, una influencia decisiva en la formulación de unas ideas que, básicamente, parecen idénticas. Así, el público especializado de “En el día americano” admite pasar por alto la argumentación introductoria que el público general de “El diálogo de América”

⁶ Vemos que nuestro autor, aunque los lectores no están presentes como los oyentes de “A Ronald de Carvalho” y de “En el día americano”, da una presencia a los lectores dentro del propio artículo.

necesita; en la exposición de “El diálogo de América”, por su parte, la ejemplificación clara ocupa un lugar determinante en la argumentación, mientras que los presentes en el homenaje “A Ronald de Carvalho” aguardan, de su orador, un lenguaje poético y complejo; el homogéneo auditorio de “En el día americano” permite, a nuestro autor, usar términos fuertes y algo desdeñosos para referirse a los “materialistas”, mientras que el público heterogéneo de “El diálogo de América” le obliga a expresarse de un modo más moderado.

Dentro del ambiente creado por la exposición previa acerca de la prioridad de lo “espiritual” sobre lo “material” a la hora de aunar a los países americanos, Reyes introduce, en los tres textos, un elemento destinado a reforzar la idea de que es importante y urgente unirlos efectivamente. Se trata, en cada caso, de un componente distinto que tiene que ver con las circunstancias comunicativas: en “A Ronald de Carvalho”, el elemento guarda relación con el objeto de elogio; en “En el día de América” está relacionado con la composición del auditorio además de con otras cuestiones de índole temporal; en “El diálogo de América”, finalmente, se vincula con circunstancias temporales.

a) Recuérdese, en este sentido, que “El diálogo de América” data de 1941, momento en el que la Segunda Guerra Mundial ya había estallado. Esta circunstancia será aprovechada por Alfonso Reyes para subrayar, ante este amenazador telón de fondo que la actualidad le ofrece, la superioridad de lo “espiritual” sobre lo “material”, dado que, en circunstancias semejantes, es preciso, más que nunca, reflexionar antes de actuar, preparar teóricamente la práctica de “la paz del mañana”, dar, en definitiva, un ejemplo social al mundo: “Este interrogarse sobre las esencias y las verdades, a que se reduce el trabajo filosófico, adquiere un carácter de urgencia” recalca Reyes; “conviene que a tiempo nos preparemos para la nueva hora del mundo” (Diálogo: 232). Tras esa guerra, que, en opinión de nuestro ensayista, acabará con gran parte de Europa, la gran responsabilidad recaerá sobre América, de ahí que considere que el “nuevo vínculo espiritual” entre los países americanos “nace en la hora oportuna” (Diálogo: 232).

b) Dos acontecimientos de la actualidad sirven a Reyes para reforzar su alegato de “En el día americano”, pero, esta vez no se trata de un elemento tan genérico como la Segunda Guerra Mundial, sino de sucesos específicos que deben de haber ocupado, particularmente, a este auditorio de educadores y profesores universitarios.

Así, Reyes alude, en primer lugar, a las huelgas y los descontentos en las escuelas y universidades de diferentes países americanos, o, para decirlo con sus palabras, a “la solidaridad con que se apoyan moralmente las juventudes universitarias de países americanos muy distantes” (Día: 65). Se trata efectivamente de muestras de esa unidad americana en favor de la cual A. Reyes alega constantemente: “estas juventudes”, dice, “nos dan ejemplo, a su modo, de una comunicación espiritual” entre los pueblos de América; “los creadores y

distribuidores de la cultura” (Día: 66) deben, a su juicio, seguir este ejemplo, de modo que la comunicación espiritual pueda, a la larga, surtir efectos políticos. No obstante, se trata, al tiempo, de protestas estudiantiles en la calle, esto es, de muestras de pura acción, sin excesiva preparación teórica. Con el tono vehemente que ya conocemos en nuestro ensayista y que Reyes se permite utilizar ante este “particular” público de educadores, el orador mexicano insiste en que los oyentes deberían prestar atención a estas acciones estudiantiles y juveniles, pese a que les “alarma un poco el montón de chicos que se echan a las cuatro esquinas a recibir palos de los gendarmes”, y ello porque, con todo, estas protestas “fueron muchas veces el estallido de ideales justos y legítimos” (Día: 67)

El segundo acontecimiento de la actualidad permite a Reyes insistir en su idea de que los “intelectuales” de América no pueden cerrarse en banda ante las necesidades que impone la política. Se trata de una iniciativa de la *Sociedad de las Naciones*, organización especializada en aspectos “materiales” y que invita los “intelectuales” a colaborar con ella con el fin de alcanzar, juntos, el sueño de la unidad latinoamericana. La respuesta de don Alfonso a este llamamiento es absolutamente rotunda: los intelectuales deben participar en estas actividades, dado que en América, “los sabios tienen todavía que ser hombres públicos” y, de esta circunstancia, siempre se podría obtener una ventaja, que “los hombres de la disciplina espiritual [...] empuñen algún día decididamente las riendas de la sociedad” (Día: 69). Dice Reyes: “Ábrase paso la Inteligencia: reclame su sitio en la primera trinchera.” (Día: 70).

c) En el artículo “A Ronald de Carvalho”, Reyes profundizará en lo que es la ocupación fundamental de su *laudandus*, esto es, la poesía. El orador se extiende, entonces, sobre el triunfo que este arte ha obtenido en América, visto que, en este continente, la poesía alcanza una importancia singular y ejerce una influencia extraordinaria sobre la política, hasta el punto de llegar a entretrejerse con la literatura. Nuestro ensayista se expresa, sobre esta característica particular de América, en el estilo grandilocuente y repleto de figuras e imágenes que corresponde a las expectativas de un público que alude al homenaje de un poeta:

¿De suerte que la poesía, la Cenicienta; de suerte que la imaginación, la loca de la casa, han venido a ser de más provecho que los conciliábulos del político o las mil y un artimañas de que se precia el mercader? ¡Oh triunfo de veras latino, que ha de dar un día a nuestra América un carácter único en la historia! [...] Nuestra América es la tierra donde salir a disfrutar de la luna es más importante que dormir, y donde cantar y pelear son la misma cosa. Algún día hemos de encauzar este torrente de energía vital, y yo sólo conozco a unos ingenieros capaces de reducirlo a fórmula asimilable, y esos ingenieros capaces son los poetas. El caos llega hasta ellos en acometidas violentas como la ola a los pies del faro. Pero arriba de la torre, el castigo de tanto embate, se enciende y gira una corona de luz. Nuestra América está recibiendo de sus poetas sus mejores orientaciones. (ARC: 159)

Se comprueba, en definitiva, que los tres artículos comparten la insistencia de Reyes en la influencia que, en América, lo “espiritual” ejerce sobre lo “material” y, de ahí, su apelación a la tarea social y pública que el intelectual americano ha de cumplir. La expresión de esta idea difiere y se adapta a las respectivas circunstancias de enunciación de cada uno de los tres textos: más extensa y detallada en el discurso dirigido a un público de responsables de la educación; más breve, vago y poético en el homenaje a un poeta; más general y dentro del marco de la actualidad mundial, en un artículo de prensa.

2.3. La peroración

Ninguno de los tres textos que hemos ido analizando concluye con un epílogo, elemento que, siguiendo a Beristáin (1988: 158), podemos definir como “una clausura recapitulativa del discurso” –que sería “la contrapartida de la *proposición* (*he aquí lo que he probado*)”– y en el cual “se repiten las ideas esenciales del discurso”. No obstante, los tres artículos sí terminan con una peroración, fragmento del epílogo que viene a representar la contrapartida del exordio, y que, en palabras de Beristáin (1988: 158), “se propone conmover con grandes actitudes patéticas, despertando pasiones como el amor y el odio, en el género demostrativo, la esperanza y la desesperación en el deliberativo, el rigor y la piedad en el judicial”.

a) La más breve de estas peroraciones, y la única que no reitera el consejo a sus oyentes para alcanzar la unidad americana, es la incluida en el elogio “A Ronald de Carvalho”. Se trata de una oración repleta de imágenes, y mediante la cual, el ensayista desea un buen viaje al poeta brasileño, al que define, poéticamente, como un activista en la lucha por la unidad de América:

Poeta Ronald de Carvalho, Caballero Andante de Toda-la-América y precursor de la hora americana: arda con rayo seguro la estrella que te guía; júntese el mar y ábrase el cielo sobre la derrota de tu barco; palpíte, sobre el palo mayor, el feliz presagio de San Telmo.⁷ (ARC: 159)

b) La peroración de “En el día americano” se construye como un rosario cuyas cuentas serían aquellas acciones concretas que habrán de realizarse en el terreno de la educación y de la cultura y que Reyes recomienda a su público como instrumento para labrar la ansiada unión del continente.

Reyes no deja de animar a sus oyentes, insistiendo en las posibilidades de éxito que tiene el programa de acción intelectual que les propone, tras lo cual, vuelve sobre el motivo de la celebración.

⁷ San Telmo (1185-1246), eclesiástico español. Se cuenta que, con sólo levantar la cruz, las tormentas amainaban, por lo que los navegantes le tienen como su patrono.

Lo que el primer día es quimérica, el segundo día ya es probable y el tercer se ha comenzado a realizar. Tal sea nuestra meditación, tal sea nuestro “ejercicio espiritual” para el Día Americano. (Día: 70)

Concluye el discurso con una nueva incitación a la acción, esta vez en nombre de los libertadores de América, los líderes de las luchas independentistas que, a juicio de Reyes, aprobarán, con toda seguridad, las tentativas de los intelectuales para estrechar los lazos “espirituales” entre los países americanos.

El mejor tributo que podemos ofrecer a la memoria de Bolívar, de San Martín, de Hidalgo, de todos los creadores de la independencia americana, es pensar con seriedad en el porvenir de nuestros pueblos. [...] Desde aquí me parece oír sus bendiciones. Para eso hemos luchado. (Día: 70)

c) También “El diálogo de América” se cierra con un fragmento pensado para animar a los lectores y darles confianza en sus propias posibilidades. A los que se preguntan si América no será un continente demasiado joven para cumplir una tarea social y cultural a nivel mundial, responde el ensayista afirmando que únicamente haciéndose cargo de esta responsabilidad, América podrá alcanzar la madurez, en el sentido moral del término. Reyes concluye su artículo de prensa subrayando, de modo solemne y con mucho énfasis, la importancia de esta tarea social y cultural:

La nueva imantación filosófica puede traer consecuencias trascendentales. En ella depositamos la esperanza de América. Ha llegado, para nosotros, el día grande, el día terrible, de modelar con nuestros propios recursos la nueva morada de los hombres. (Diálogo: 233).

En resumen, podemos afirmar que, al final de los discursos pronunciados durante las ceremonias, el orador vuelve sobre el tema central de las respectivas celebraciones. Efectivamente, en los párrafos finales de “En el día americano” y de “El diálogo americano”, nuestro ensayista reitera la importancia que el pensamiento desarrollado tiene para el futuro de América y lo hace, de modo general, en el texto destinado al gran público y sugiriendo proyectos culturales concretos cuando se dirige a un auditorio constituido, mayoritariamente, por intelectuales.

3. Conclusiones

Creemos haber demostrado la importancia que las circunstancias comunicativas tienen en las tres grandes operaciones retóricas: *inventio*, *dispositio* y *elocutio*. Por lo que se refiere a la *inventio*, hemos visto cómo el hallazgo de los argumentos se ha realizado teniendo muy presente la adecuación del discurso al auditorio al que se dirige. Recuértese, en este sentido, que Reyes no considera necesario profundizar en las razones para establecer una comunicación espiritual

efectiva cuando se dirige al público de “En el día americano”, mientras que sí se toma su tiempo para distinguir entre comunicación material y espiritual en “El diálogo de América”. Podemos hallar otro ejemplo en los elementos a los que, al final de los ensayos, recurre nuestro autor para explicar, con más detalle, la superioridad de lo espiritual sobre lo material: la Segunda Guerra Mundial en “El diálogo de América”, las recientes manifestaciones estudiantiles en el caso de “En el día americano” y la poesía en el homenaje “A Ronald de Carvalho”.

Resulta evidente que la *dispositio* de los tres ensayos analizados también se ha elaborado en función de las circunstancias comunicativas. Así, en los lugares claves del exordio y de la peroración, nuestro autor presta una atención constante al público, dirigiéndose explícitamente a ellos.

Finalmente, en el ámbito de la *elocutio*, observamos cómo el registro lingüístico y el uso de figuras estilísticas armoniza, igualmente, con las circunstancias en las que tiene lugar la comunicación. En este contexto, ha resultado sumamente útil contrastar el estilo laudatorio y repleto de figuras de “A Ronald de Carvalho” con el lenguaje más austero y despojado de elementos ornamentales de “En el día americano”.

Una relectura del análisis aquí realizado pone de manifiesto cómo, en el proceso de argumentación retórica, la validez de los argumentos no ocupa un lugar central –algo que, evidentemente, sí sucedería en el caso de la argumentación dialéctica–. En efecto, es la persuasión del auditorio el eje en torno al cual se construirá todo el discurso. En este contexto, una misma verdad ofrece distintos aspectos que, en función del auditorio al que se dirige, serán destacados u omitidos por el orador.

De ahí que tanto Cicerón como Quintiliano (*Part. Orat.* § 90-94; *De Inst. Orat.* Vol I, Libro III, VIII: 37-47) aludan a la penosa situación en la que se halla el orador que únicamente puede persuadir de una idea noble a un público “ignorante”, puesto que ha de recurrir, necesariamente, a argumentos de menor calidad. No es de extrañar, pues, que Cicerón solicite de sus oyentes una actitud más digna, a fin de que, en sus discursos, pueda desarrollar argumentos más nobles. Nuestro ensayista no llegará nunca a estos extremos; pero, a la hora de seleccionar, ordenar y formular los argumentos adecuados, tiene muy en cuenta tanto la presencia o ausencia física del auditorio, como la composición del mismo o el carácter de la ceremonia con motivo de la cual se pronuncia el discurso.

Obras citadas

ARISTÓTELES. 1990. *Retórica*. Ed. de Q. Racionero. Madrid: Gredos.

CICERO. MARCO TULIO. 1967-68. *De Oratore* (2 vols.) London-Cambridge-Massachusetts: William Heinemann Ltd. Harvard University Press.

- GARCÍA MORALES, ALFONSO. 1992. *El Ateneo de México (1906-1914) Orígenes de la cultura mexicana contemporánea*. Sevilla: EEH-CSIC.
- GUY, ALAIN. 1963. "Le bergsonisme en Amérique Latine" en *Cahiers du monde Hispanique et Luso-Brésilien*, 1: 121-139.
- PERELMAN, CHAÏM y OLBRECHTS-TYTECA, LUCIE. 1994. *Tratado de la argumentación*. trad. por J. Sevilla Muñoz. Madrid: Gredos.
- QUINTILIANO, MARCO FABIO. 1958. *Institutio Oratoriae* (vol. I-IV), trad. por H.E. Butler. London-Cambridge-Massachusetts: William Heinemann-Harvard University Press.
- REYES, ALFONSO. 1958. "A Ronald de Carvalho" en *De viva voz. O. C. t. VIII*: 157-159.
- REYES, ALFONSO. 1959. "El diálogo de América" en *Los trabajos y los días. O.C. t. IX*: 230-233.
- REYES, ALFONSO. 1960. "En el día americano" en *Última Tule. O.C. t. XI*: 63-70.